

SINTOMAS, ENREDOS Y MALESTARES EN EL PSICODIAGNOSTICO

Las razones del Mercado o las razones de la Ciencia...

Prof. Etel Kaceros
Profesora titular de la cátedra Seminario II
de la carrera de Psicología de la USAL.
Ex-Presidente de la Asociación Argentina de Estudio
e Investigación en Psicodiagnóstico (ADEIP).

EL PSICODIAGNÓSTICO EN EL ESCENARIO DE LA CULTURA ACTUAL

La dimensión histórica que atraviesa la Ciencia y la vida misma hace ineludible, para los psicodiagnostadores, el planteamiento de las cuestiones referentes a las nuevas realidades y a las nuevas formas de producción de subjetividad. Al mismo tiempo, la revisión de las herramientas conceptuales que empleamos para leer esas nuevas emergencias. Cuestiones que insisten, que inquietan, que nos interrogan en la ética misma que implica el conocer.

Por ello no puedo dejar de referirme al espacio cultural, científico y experiencial donde se encarna y se inserta nuestra tarea. Tarea que, antes que nada, está hecha por seres humanos y su destino es otro ser humano. Ambos vivimos en un mismo tiempo, estamos acuciados por las mismas demandas, gozamos y sufrimos por los mismos acontecimientos que transcurren en el mundo.

Cómo nos ubicamos en ese entramado complejo, vertiginoso, diverso de las nuevas tecnologías, de los paradigmas científicos en crisis, en relación a las subjetividades que se vienen perfilando. Subjetividades que presentan características y padecimientos que no terminamos de atrapar con las categorías hasta ahora conocidas.

Qué sucede con ese psiquismo que crece bajo estas formas sociales de interacción, bajo estas formas de otorgamiento de sentido condicionadas por el predominio de la imagen y de su fugacidad. Estas imágenes que ya no sólo nos permiten recorrerlas, sino entrar *dentro* de ellas a través de los mundos virtuales que se abren produciendo vértigos, paradojas, libertades e incertidumbres. Lo que llamábamos "realidad" y lo que no forma parte de ella aparecen como territorios con fronteras borrosas.

La subjetividad no puede permanecer inmutable frente a los embates de estos cambios, los mundos virtuales invaden nuestra corteza cerebral, pero no sólo dichos mundos. La cotidianeidad, con los nuevos modelos de globalización, producen esquemas de trabajo (o des-trabajo) que quiebran las certidumbres básicas, es decir, los roles familiares, los ritmos, los seguros sociales, los desplazamientos laborales, de este modo potencian la sensación de vivir continuamente sobre una ola. Por si esto fuera poco, la continuidad, necesaria para la constitución de las primeras superficies ininterrumpidas (recordemos a Winnicott), resulta dificultada porque los primeros objetos vinculares ofrecen una presencia fragmentada en el tiempo ya que ellos mismos están sometidos a la inestabilidad sociocultural. Las vivencias de caos, de no continencia, de disolución, penetran y envuelven al hombre de hoy. El "contrato narcisista" del que habla Piera Aulagnier no se cumple. El discurso social no provee de las referencias que le permitan proyectarse hacia el futuro. La ausencia de garantía implica un déficit para el sujeto en tanto proyecto identificadorio. La inmediatez *más inmediata* reemplaza al proyecto. En cambio surge otro elemento, no

humano, que ofrece una posibilidad de unificación: la pantalla de TV o de la computadora. Todo sucede allí, en un recuadro, que por lo tanto se erige en límite perceptual. Y con muchas ventajas, ya que puede ser controlado, anulado, acelerado, combinado.

El vínculo, durante unas cuantas horas al día, pasa a jugarse entre la máquina, con sus imágenes móviles, bidimensionales, y la persona. Esos aparatos para "ver", siempre disponibles, pasan a constituirse en los objetos de identificación. Pero al ofrecer sólo bidimensionalidad comienza a generarse una subjetividad de superficie. La imagen pasa a ser equivalente al objeto, ya que permite el intercambio. Un intercambio más tranquilo, que no expone a las perturbadoras emociones que transcurren entre los seres humanos. Uno se enoja con la máquina, la apaga cuando quiere y busca su brillo cuando se la desea. La máquina va adquiriendo cualidades humanas. En lugar de emociones, se pueden conseguir, mediante los efectos especiales, excitaciones sensoriales que cautivan e inundan. En lugar de profundidad e interioridad tenemos intensidad, velocidad, vértigo. En lugar de seres encarnados, un espectáculo para mirar, o datos para interactuar. Se va produciendo, insensiblemente, una especie de hibridación entre el cuerpo del espectador-actor y el espacio virtual en el que se va sumergiéndose.

Así es como en las producciones de los sujetos, tanto en los gráficos como en el Rorschach u otras técnicas, nos encontramos con representaciones que constituyen testimonios de la inestabilidad y de las transformaciones. Aparecen, cada vez con mayor frecuencia, personajes mutantes, híbridos, fluctuaciones de los límites o, por el contrario, límites rígidos como modo de conservar la unidad. El espacio se achica, se estira, se fragmenta, como un disparo de fuegos artificiales. Parece vibrar. El tiempo también se vuelve fluido, se licúa, por momentos puede adquirir ritmos tormentosos, de confusión. La imagen, mediante el *zapping* nos permite fabricar un mundo de relaciones para el momento puntual, que desaparece si lo deseamos. En fin, la imagen virtual de los simuladores nos da oportunidad de protagonizar los espacios no euclidianos que, hasta ahora, eran sólo teóricos.

Si esto pasa con las personas que son objetos de nuestra indagación ¿qué pasa con el psicólogo psicodiagnosticador mismo? ¿Acaso está afuera de este proceso? Es evidente que no. Lo que sucede es que además hay otros factores que complejizan su ubicación y su tarea. Los desarrollos de la Ciencia y especialmente de las ciencias duras han introducido los conceptos de indeterminación, probabilidad estadística, azar.

Se habla de "sistemas abiertos" que introducen "la flecha del tiempo" (Prigogine). La verdad misma es relativa y depende, además, en gran parte de las prácticas sociales, de las instituciones donde se desarrolla, de los factores de poder, no sólo de los hallazgos de la Ciencia.

Además nos encontramos hoy día con la paradoja de que estos conceptos, que determinarían para el psicodiagnosticador una función de apertura a un saber sobre la arquitectura del psiquismo, que nunca se acaba, convive con una demanda de un saber cerrado. Demanda de proporcionar verdades saturadas, categorías puntuales, para poder determinar equivalentes de "valor", tiempos precisos de tratamiento, opciones minuciosamente numeradas de ubicación diagnóstica.

A esto se acompaña el diseño de herramientas autoadministradas: los cuestionarios, que, al proporcionar resultados en cifras y gráficos producen fascinación porque dejan poco lugar a la duda, son rápidos y están basados en estadísticas. No necesitan de un

psicólogo avezado ya que las tablas previamente confeccionadas ubican al encuestado en un espacio preciso entre la salud y la enfermedad.

Como vemos el psicólogo psicodiagnosticador también está sometido a los cambios, y a veces, no puede elegir. Las demandas del mercado, las exigencias de cumplir con las estadísticas en los centros de salud, los tiempos acelerados de resolución, lo obligan a trabajar con ritmos incesantes ya que la demanda que impera en las obras sociales, en los seguros, en los juzgados, en las empresas comerciales es la de aumentar la eficacia a condición de que al mismo tiempo se demore lo menos posible.

Aquellos a lo que estábamos acostumbrados, el aspecto singular del encuentro, la escucha atenta, el internarse en los laberintos de identificaciones para hacer emerger los significados del dolor, del sufrimiento, de los síntomas tiene cada vez menor lugar.

Pero no terminan allí los cambios a los que nos vemos sometidos. Desde hace algún tiempo somos contempladores involuntarios de cierta modalidad de espectáculo ofrecido por los medios. Espectáculo y escenarios que revisten características particulares. Se prende la pantalla de TV, se observa la publicidad de un producto, se hojea una revista... y aparecen allí -como estrategias de venta- versiones parodiadas, deformadas, simplificadas o fragmentadas de los tests que se instrumentan para la exploración de la personalidad. Así, las láminas del Rorschach son exhibidas por un conocido psicoanalista en un programa humorístico o son usadas como disparadoras de asociaciones en una publicidad de automóvil. En un medio periodístico se reproducen materiales gráficos de un niño abusado que "ilustran" así un texto periodístico haciendo menos pesada la lectura de su contenido. En otro medio observamos un *collage* gráfico compuesto por la imagen de Freud, algunos políticos y las preguntas de un test.

El efecto de estas mezclas, remiendos y combinaciones es que el público asiste a una especie de *zapping* congelado que reúne fragmentos tomados de distintos contextos con los cuales se hornea un *fast food* periodístico. Se construye así una metáfora por demás elocuente y brutal que concretiza burdamente el valor simbólico de los dispositivos psicodiagnósticos.

De esta manera la omnipresencia de la imagen que atraviesa nuestra cultura configura un resquebrajamiento del sentido de una tarea que tiene propósitos menos exhibicionistas y más del orden del conocimiento.

RELACIONES ENTRE CIENCIA Y ÉTICA EN EL PSICODIAGNÓSTICO

Mediante este tipo de operaciones, fabricadas para el consumo y que responden a las modas del mercado, las técnicas de psicodiagnóstico son transformadas en objetos convirtiendo al mismo tiempo a los sujetos entrevistados en meros sujetos objetivados disponibles para ser consumidos por un público hambriento de novedades.

Ranking, rating, performance, eficiencia

...han conseguido que los instrumentos psicodiagnósticos adquieran el valor de productos novedosos del mercado a través de este simulacro de indagación de la subjetividad.

En estos tiempos en el que cualquier accionar está permitido los medios no vacilan en recurrir a expertos y profesionales en busca de un cierto barniz científico. Por su parte

el público subyugado por poder entrar en zonas misteriosas, vedadas a la mirada cotidiana, cree así "participar" de ese conocimiento.

Pero si bien este tipo de fenómenos obedece a la lógica del mercado contemporáneo, lo más grave es que profesionales "psi" accedan a este festín exhibicionista, remedo mercantil de lo que constituye el trabajo de reflexión, búsqueda e interrogación.

La transparencia producida fragmenta la subjetividad presentando a tales fragmentos como verdades cerradas, válidas universalmente. Se vira, de este modo de la textura de infinitas modulaciones que experimenta el sujeto, a condensaciones de aspectos parciales. Se hace transparente lo denso. Se saturan significados que corren el riesgo de trasladarse livianamente a otras subjetividades, en otros contextos. El psiquismo se achata, se cosifica, pasando a conformar la colección de objetos descartables.

Y por si esta devaluación no fuera ya dramática además se ignoran y falsean las condiciones necesarias para el trabajo de psicodiagnóstico y se desactiva el sentido de los instrumentos al romper la diferencia entre lo público y lo privado atacando al mismo tiempo la rigurosidad y legalidad a que está sometida su práctica.

El desfachatado exhibicionismo que se hace de la información olvida que sólo se puede construir sentido tomando en consideración los contextos que se anudan a esas producciones y las preguntas que generaron la demanda. Tal sujetamiento a las razones del marketing plantea un problema del orden de la Ética.

Si la Ética es una de las condiciones de posibilidad de la existencia y continuidad de una sociedad es necesario estar atento a estos deslices. Cada campo de tareas posee puntos en común con otros, pero también límites infranqueables. Estos límites son los que hacen que la tarea de psicodiagnóstico sea una forma bajo la cual la responsabilidad se hace presente. De lo contrario podemos correr el riesgo de asistir a nuevas formas de alienación y de estallidos de sentido.

Esta responsabilidad nos obliga a estar atentos a esta cultura *light*, con sus componentes de superficialidad, banalidad, aceptación del "vale todo" e indiferencia por las consecuencias de los actos.

Mediante esta "participación" del público en este simulacro de conocimiento basado en un muestrario de fragmentos de datos lanzados sin rigor sólo se logra brindar la ilusión de un goce voyeurista que nada tiene que ver con lo que constituye la finalidad de esta tarea.

Por eso, y este es un contexto adecuado para reflexionar al respecto, somos nosotros los que tenemos que establecer cuáles son las reglas de juego para generar un conocimiento de este tipo y cuáles son las condiciones en que se debe ejercer esta tarea para que sea garantía de responsabilidad ética.

Es necesario denunciar esta amenaza de aplanar, achatar el pensamiento para que el trabajo de psicodiagnosticar retome su profundidad y su volumen. Más todavía, es parte de nuestra responsabilidad transmitir a nuestros estudiantes la complejidad de variables, niveles, factores que intervienen cuando se implementan las técnicas, hecho que se articula con las complejas redes tejidas dentro del sujeto en su existencia encarnada en el mundo.

Como lo he expresado el conocer en sí mismo implica una ética. Por eso me propongo exponer cuáles son los referentes que me parecen válidos para ejercer esta tarea con

responsabilidad y respeto hacia la persona que es objeto de investigación y hacia mí mismo como sujeto que está comprometido en la tarea.

EL PSICODIAGNÓSTICO COMO PRÁCTICA DE PRODUCCION DE SENTIDO

Sostengo que todo psicodiagnóstico es un trabajo de investigación. Aún aplicado a un caso individual, la búsqueda se inicia con la observación de un mundo -el universo psíquico- dentro del cual es necesario establecer recortes. Recortes que sean pertinentes a los objetivos que se plantean para la realización de ese diagnóstico en particular. Dicho recorte es la condición de posibilidad para efectuar la tarea y al mismo tiempo la condición de imposibilidad, ya que lo que está afuera del límite no será abordado, por lo menos para este propósito en cuestión.

Observar es siempre en relación a algo. En este caso cuál es la pregunta, quién es el que demanda, en qué contexto tiene lugar, desde qué teorías, valores o prejuicios estamos interactuando con este sujeto.

Tomando en cuenta estos aspectos es que considero que esta "experiencia" que se denominap*psicodiagnosticar* es una experiencia de relaciones. Múltiples relaciones que tienen lugar entre el material propuesto y el funcionamiento psíquico, entre el sujeto y el psicólogo, entre el examinado, el psicólogo y la demanda, entre el investigador y las relaciones institucionales que forman parte de su sostén.

En fin, destaco estos distintos planos vinculares porque ellos van a estar presentes como determinaciones mudas o más o menos audibles, en los hilos conductores que establezcamos para hallar las significaciones a los fenómenos que se dan dentro de la situación diagnóstica.

Considerar esta complejidad implica dejar de pensar en el psicodiagnosticador como una estrategia consistente en la aplicación sucesiva de técnicas que conformarían una "batería". Implica dejar de pensar en una acumulación de signos que nos darían la certeza de la categoría donde podemos ubicar a la persona. Implica -eso sí- pensar temporalmente una producción, incluyendo las transformaciones que puedan darse según la estructura de las técnicas propuestas por el psicólogo en el marco de la secuencia del vínculo con él. No siempre vamos a observar constancias o continuidades. A veces un elemento discordante con el resto de la producción puede dar la clave de un desorden de comienzo. Puede revelar una condensación de momentos históricos constituyentes de un núcleo enquistado que no ha adquirido significación para el sujeto. Este fenómeno extraño producido desde el discurso o concretado en una organización espacial bizarra puede estar hablando de vínculos generacionales apelmazados sin transformación a través del tiempo.

Quiero decir que si bien las invariantes pueden evidenciar lo constante, no debemos dejar de lado lo diferente. Es a veces la diferencia la que nos permite encontrar el sentido. R. Barthes dice que un rasgo raro tiene tanta importancia como uno frecuente. Lo que importa es registrar *todas las diferencias posibles* para poder hallar *unidades de sentido*. No hallar diferencias meramente para contar cuántas de ellas se pueden observar.

La investigación psicológica, mediante las técnicas, debe encontrar aquello que marca diferencias en lo aparentemente igual y por otro lado procurará establecer relaciones que permitan hacer emerger lo análogo dentro de las diferencias.

Sostengo que psicodiagnosticar sólo se puede concebir como una construcción o mejor, como una co-construcción, cuya finalidad consistirá en una especie de *orientador de sentido* como sostiene Denise Najmanovich. Ya que el sujeto no "es" sino que va siendo, igual y distinto, en relación a los sistemas en los que interactúa.

La incorporación del tiempo como observable permite analizar las transformaciones, las operaciones y estrategias que va haciendo el sujeto mientras construye su producción.

Entonces, qué sucede con las concepciones que conciben al psicodiagnóstico como el hallazgo de indicadores, signos, datos numéricos que se van relacionando con un criterio de acumulación o comparación? No desestimo en absoluto la posibilidad de que tales resultados nos aproximen a algunos significados. Pero esos significados solos (si los tomamos así) estarían sustraídos de los contextos en donde ellos aparecían. Tendríamos significados a priori aplicables a cualquier material, a cualquier sujeto, a cualquier demanda. Lo cual, debemos reconocer, no es poca cosa si se pretende investigar grandes poblaciones. Pero en el encuentro personal con el sujeto de indagación tal abordaje representaría una cantidad de signos que en ocasiones resultan ser contradictorios o fragmentarios. De modo que la necesidad de "coherentizar" las interpretaciones de esos signos obliga a la fuerza a forzar su significación o a desechar algunos productos del análisis por no coincidir con otros.

En mi concepto la significación debería *emerger* -a través de nuestras construcciones cognitivas- de las relaciones halladas en el material. Emergencia que sería el producto de las constantes que se den en esas relaciones. *Constantes* que contemplen por un lado las transformaciones que efectúe el sujeto, y, por otro que tengan en cuenta los niveles y planos que abarcan esas transformaciones dentro de su construcción. Constantes que constituirán *formas de objetivación*, -no conocimiento objetivo- que responden tanto a lo que se da en ese material como a las teorías que manejamos como matriz para la emergencia de esas significaciones.

CONDICIONES DE POSIBILIDAD PARA UN EJERCICIO DEL PSICODIAGNÓSTICO QUE PERMITA RESCATAR LA SALUD, LA CREATIVIDAD Y LA LIBERTAD DEL SUJETO

Las reflexiones vertidas hasta acá hablan claramente de una concepción del psicodiagnóstico como de un trabajo, de una experiencia donde no sólo es el sujeto el que produce, sino que el psicólogo tiene un papel activo, pensante. No es un mero usuario de un conocimiento producido fuera de él, sino el sujeto de la producción de conocimiento. De allí su responsabilidad. Y su creatividad. Ya que no se trata de construir un mapa general y universal del psiquismo sino dar cuenta de ese mapa móvil que de lugar a la objetivación de las polimorfos manifestaciones del sujeto. Que permita comprender las estabilizaciones logradas y aquellas que pivotan en movimientos de vaivén, como sostiene Ricardo Rodulfo.

Esta concepción apunta a que se produzcan significaciones que abran estereotipias, círculos viciosos, prejuicios. Estamos frente a una alternativa posible como tarea del psicodiagnóstico que se reduzca meramente a encontrar los rasgos característicos y permanentes con el fin de adscribir al paciente en determinada psicopatología como si se tratara de hallar su "esencia".

Pienso que nuestro saber no puede quedarse en dar satisfacción a la pulsión epistemofílica. La responsabilidad que tenemos de estar frente a un ser humano que sufre, que busca trabajo, que recurre a sucedáneos perversos para llenar su vacío, es

insoslayable. Las distintas dimensiones de la alienación: en el trabajo, en las realidades virtuales, en la fascinación de la imagen, en el cuerpo perfecto exigen de nosotros un trabajo más complejo del que estaba implícito en el viejo concepto de diagnóstico centrado sólo en el diagnóstico diferencial. Exigen de nosotros mismos una labor de desalineación previa. Aún instalados inevitablemente en este presente que no podemos saltar. Recién entonces podremos otorgar sentidos y abrir las puertas al hombre que busca salidas, que está deprimido, que está sujeto a las leyes del mercado.

Nuestra responsabilidad no puede reducirse a evaluar y clasificar aunque la actividad ordenadora y la exigencia de racionalidad no debe olvidarse ni obviarse. Pero hoy más que nunca nuestra labor tiene que apuntar a hacer emerger las capacidades creativas que den a cada uno la sensación de ser protagonistas de sus propios actos y con ello hacer posible una cierta dimensión de libertad. La salud podrá ser un corolario del hallazgo de estas dimensiones.

Inaugurar una función de escucha para estas capacidades del sujeto podría ser una tarea concebida como ética y no meramente como "técnica". Pero hay algo más, y es que de esa manera nosotros también nos construimos como creativos en cada encuentro.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR